

860-1 (866) A 1 1919

JULIO ARJONA Q.

HORAS

DE CALMA

(POESIAS)



BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO DE HISTORIA
CALLE BANDERAS
No. 6475 - 1980
EDICION NACIONAL

CASA EDITORIAL DE J. I. GALVEZ

0001765 - Jc
QUITO (ECUADOR)

MCMXII



JULIO ARJONA Q.

EL AUTOR

“En cuanto se sube un poco se penetra en la región de lo opinable y la autoridad de la crítica queda reducida á la personal de quien la ejercita, ó á la del uso, que es como si dijéramos la opinión pública en literatura, cosa de suyo variable y discutible.



.....
¿Y que importa un parecer individual sobre un libro? En puridad nada”

E. GOMEZ DE BAQUERO

No recuerdo quien, pero alguien dijo y así es, que “hoy no hay en literatura críticos, ni crítica;” son del siglo pasado los adustos linceadores de gazapos y disparates que metidos de cabeza en la floresta poética van clasificando

hojas y flores, troncos y arbustos, y que, en veces, como el primo Benedicto de Julio Verne, al perder los espejuelos toman una mosca coja como de tres patas y la catalogan cual un ejemplar no descubierto.

Y si la crítica y los críticos de versos van camino del desuso, los prólogos y prologuistas no se quedan á la zaga en ese sendero en donde van dejando la libertad y amplitud de criterio las cosas inútiles. La sugestión que sobre el lector pretende ejercer el prologuista al encomiar, por amistad ó condescendencia, las bellezas de un libro, se encuentra con espíritus refractarios que la hacen nula, ó con similares apasionados que juzgan débil el elogio; cuando no es el mismo autor quien juzga el prefacio de esta manera, pues así como para ninguna madre hay hijo feo, no existe poeta de quien yo sepa piensa de buena fe que sus versos no son los más correctos, los mejor construídos ó los más musicales.

Si el prologuista hace una crítica anticipada del libro, esta habrá de ser, so pena de faltar á triviales reglas de educación, encomiástica sin restricciones. Si el tomo es de aquellos que por su valor intrínseco flota en las serenas ondas del éxito, el elogio del preámbulo está de más; si es de los muchos otros que ni por prescripción del fa-

cultativo, ni por ruego amoroso, ni envueltos en la gelatina del elogio se toman con placer, la alabanza del prologuista es mirada como una complicidad de mal gusto.

Libros de versos he visto prologuizados por Rubén Darío, Salvador Rueda, Juan Valera, Unamuno, Valle Inclán, Gómez Carrillo y otros ceremoniosos y benévolo introductores de embajadores de la literatura hispano-americana, que no entran ni llevados del ronzal á las regiones del buen gusto y del mérito. Otros conozco, como las *Poesías* de Caro y Vargas Tejada, las de Arboleda, las de Silva, *Piedad sentimental* de Francisco Contreras que, aun sin las alabanzas protocolarias de Ortiz, M. A. Caro, Unamuno y Darío, se ostentan triunfales. Y muchos hay como *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, *Ingenuas* de Luis Urbina, *Poemas* de Amado Nervo, *Crepúsculos del Jardín* de Lugones, *Fronda Lírica* de Julio Flórez, que han subido sin necesidad de *chauffer* á la cumbre desde donde se ven los horizontes de la gloria.

Horas de calma de Julio Arjona es libro que no requiere carta de recomendación para ser apreciado como un búcaro de flores raras de exquisita poesía.

Si quien escribe el estudio preliminar, exordio ó como se llame, hace caso omiso del autor amigo ó imitando la manera de Anatole France: "se encierra en su personalidad como en una prisión perpetua" y sigue al maestro cuando exclama: "Para ser franco el literato debe decir: señores, voy á hablar de mí á propósito de Racine, de Shakespeare, de Pascal, de Goete," entonces á costa del autor nos habrá mostrado su erudición, su estilo, su retrato en postura académica, y, en fin, si ha resultado con algo excelente habrá hecho un artículo para una Revista, pero demasiado pesado para los lomos de un libro. Conservo un tomo de poesías que lo compré por el preámbulo, que he leído más de tres veces, lo escribió Juan de Dios Uribe.

Con estas mis ideas, ya supondrá el lector que el menos llamado á escribir un prólogo sca yo; y así es, lo declaro. No embargante cuando mi amigo Julio Arjona me pidió lo hiciera, acepté, con la intención de no traicionarme y escribir unos párrafos en la única forma que creo que la Intruducción á un libro de versos puede ser leal, franca y aceptable: presentando al autor como es él para que el lector extraño complete, al leer los versos, la idea psicológica de la sensación.

Julio Arjona Q. es panameño, por restricción, pero como muchos istmeños es colombiano de nacimiento y de corazón; se educó en Bogotá de donde trajo la exquisita cultura y el refinado gusto literario que son el ambiente de la noble y muelle ciudad del Funza. Ha sido abogado, General, periodista, poeta, orador parlamentario, en fin, un luchador por su causa y por la vida, que ha sabido el manejo de múltiples armas.

Allende los mares, en los países de la especialidad, se sorprenden de la diversidad de profesiones ó facultades de que se revistió el hombre público en nuestras turbulentas democracias: médicos, abogados, ingenieros, que son á la vez militares, agricultores, poetas, periodistas y hasta músicos. No se percatan de que la misma inestabilidad política, el anhelo del triunfo en lides diversas, hacen que la energía y capacidades individuales busquen campos diversos de acción, esquivando el fracaso. La poliformeidad es necesaria para el éxito. Conozco un General venezolano que vino al Ecuador y se hizo fraile, fue á Colombia y se hizo abogado.

Julio Arjona es franco, es caballeroso y veraz; tiene admiradores y amigos y tiene también enemigos, porque vale y porque es fuerte.

Su psicología es rara: en tiempos de desilusiones y congojas, de imprecaciones y cansancio del vivir, él es feliz, ama la existencia; todo lo ve de color de rosa—hasta las trufas—como Houssaye. Ha sumergido toda su alma en las ondas placenteras de su hogar, y como allí todo ríe, todo canta, todo arrulla, las inclemencias de afuera son apenas rumores que en la lejanía esfuman su amargura; el brutal prosaísmo yanqui pasa sobre la limpidez de su ilusión sin manchar su poética transparencia.

Sus poesías, en donde campea un subjetivismo romántico, que diría Cánovas, tienen la sencillez extraña y crepuscular de Francis James y me han dejado la idea de una gruta paradisiaca en cuyo fondo indeciso brillan con promesa voluptuosa y ardiente las pupilas de una mujer.

En los versos de Julio Arjona hay algo intenso, fuerte, litofósforo, bajo las hebras de una gasa ligera, suave, nupcial.....

Juan Ignacio Gálvez.

Febrero—1912.

DOS PALABRAS AL LECTOR



Este humilde libro tiene para mí un móvil primordial, y es el de que queden recogidas en un solo haz las distintas composiciones poéticas, que desde mi vida alegre en las aulas del colegio hasta hoy, he venido ofreciendo, en diversos diarios y revistas, al público de mi país y del exterior.

No es posible descubrir en este libro un trabajo rigurosamente ajustado á un plan de unidad, porque esas composiciones no son otra cosa que una serie de cuadros cazados, por decirlo así, en momentos supremos en que ellos se reflejaban en mi espíritu, por la impresión que surgía de las distintas circunstancias y faces de mi agitada vida de joven.

Al calor del hogar bendito que en feliz hora fundé, surgió un ángel de amor: una hija, que es el único oasis donde suelo colgar mi tienda de peregrino en el inmenso desierto de mis luchas y afanes diarios; y he creído conveniente que antes que las brusquedades de los negocios que nos aseguran el bienestar del mañana, surjan á entrec-

pecer, mi afición, mi gran afición por la poesía, le queden en forma de libro, á ese ángel de mis ensueños, las impresiones poéticas de mi juventud, pues ya el tiempo, que vuela presuroso, comienza á matizar de blanco la negrura de mi cabeza, y empiezo ya á sentir el esfuerzo recrudecido de quien comienza á vislumbrar la vereda que conduce á trasmontar la empinada cordillera de la vida.

En este libro exhibo un eclecticismo literario que me divorcia al rompe de toda escuela. He cantado aventuras de mi vida, dolores profundos y alegrías infinitas. He sido á veces sentimental é íntimo hasta lo sublime, en otras, me he mostrado altivo en demasía. Las más de las ocasiones le he rendido culto al amor puro y bendito, generador de la felicidad humana. También le he cantado al vicio, ¿por qué no? que él también le ofrece lema fecundo al poeta para ser elevado en idealizaciones. Y todo en forma ecléptica, es decir, una mezcla de parnasiunismo, de clasicismo, de modernismo ó decandentismo, en que la libertad campea, porque soy de los que opinan que ni la esclavitud de una sola escuela literaria debe ser aceptada: si alguien necesita libertad es el Genio inmortal de la literatura.

Con todo, no he sido incisivo en mis pobres cantos. He regado flores, acaso siempre vivas, cuando alguien ha llorado, y he sabido oportunamente enjugar las lágrimas sinceras. Para cada úlcera social he tenido la cura eficaz de un honrado y noble consejo. En este libro, como diría Gómez Carrillo, no existe ficción alguna, que eso

no podría ser nunca la fragante flor que brinda el rosal de la reitorica.

Y hay alma en este libro "un alma muy buena, muy loca, que es la mía. . . . Y también hay nervios vibrantes, nervios enfermizos, nervios afinados y exacerbados por las fiebres de las capitales nocturnas. Y hay además, muchos entusiasmos, muchas ilusiones, muchas intimidaciones, muchas ingenuidades, muchas sonrisas, muchas melancolías. Y hay algo más, algo más raro: que es una ausencia completa de rencores y de odios.

No odio á nadie y de nadie me quejo. En general la existencia ha sido piadosa para conmigo; y á pesar de que Goncourt asegura que nadie desea vivir de nuevo su propia vida, yo viviría la mía de buen grado con todas sus lágrimas, con todas sus pobreza, con todas sus pasiones, con toda su sinceridad artística."

Así, humilde y todo, ofrezco este libro al lector indulgente. Una frase de consuelo sería excelente fruto cosechado por mis pasados desvelos y pesadumbres.

Alguien ha dicho que las frases favorables son el opio de los escritores, y que con ellas nos olvidamos hasta del dolor universal.

Que vengan en buena hora esas frases para mí, que yo en cambio brindaré el perfume de las flores que crecen lozanas en el jardín siempre reverdecido de mi gratitud.

EL AUTOR.

HORAS DE CALMA

EL VIEJO HOGAR

Cuando pasado el tiempo volví á los viejos lares
Donde mi humilde cuna alegre se meció,
De nuevo allá las aves me dieron sus cantares,
Sentí la brisa alegre de los verdes palmares,
Musgoso estaba el techo que el amor levantó.

Como un pajizo nido oculto en la enramada
Cubierto por la yedra estaba el viejo hogar:
Allá la anciana madre, la vieja idolatrada,
La de nimbaña frente, de canas coronada,
Poníase de mi infancia recuerdos á evocar.

La dicha en áureo carro llevóme á otras regiones
De encantos y grandezas que el alma no soñó.
Salvando las distancias pensaba en mis peñones,
No olvidé de mis breñas los nobles corazones,
Ni el viejo hogar bendito que virtud albergó.

Que del girar del tiempo, que todo empequeñece,
La rueda destructora respeta el santo amor,
El paternal afecto, que vive y no pcece,
A la adorada madre que todo lo entornece,
Y la impresión primera que generó el dolor.

¡Benditos sean mis montes! ¡Mi viejo hogar, bendito!
Allá junto á mi madre palpita el corazón.
En su campestre estancia del labrador el grito,
Murmurios de arroyuelos que van al infinito,
La ofrecen con el *Angelus* su mejor ovación.

1910.

A MI MADRE

Cómo poder pintarte, madre mía,
Lo grato que sería
Hallarme siempre á tu materno lado;
Sería mi vida llena de delicias,
Y al par de tus caricias
Hubiéranse mis penas disipado.

Mas ¡ay! que se llegó para mí un día,
En que del alma mía
Se separó el placer, madre querida,
Encaminándome á región distante,
Tan sólo delirante
De hacer risueña mi futura vida.

Y desde entonces del dolor la espina
Mi corazón domina,
Sin que haya nadie que me dé consuelo;
Madre amorosa que plegarias tántas
Por nuestro bien levantas,
Y que piadoso las acoge el cielo.

¡Cuánto sufrir por conseguir la gloria,
Por hacer que la historia
Recuerde como grandes nuestros nombres,
Cual honor concedido al ilustrado
Y al héroe denodado
Que en las batallas adquirió renombres!

Luégo muere hasta el ángel que se ama.
Tan sólo triste rama
Del funerario sauce allí se inclina,
Y en la ruinoso cruz de tosca piedra
Melancólica hiedra
Por esa insignia del dolor camina.

Mas condenado el hombre por la suerte
A la certera muerte,
Desea tan sólo que al dejar el mundo
La patria alce en honor á su memoria
Monumentos de gloria
Y se recuerde con amor profundo.

DE LEJOS

(A MI MADRE)

En las tardes serenas del invierno,
En esas horas de solemne calma,
En que el toque del *Angelus* nos dice
Que envuelto el mundo en el silencio se halla;
En esas horas en que el viento helado
Pasa diciendo al hombre: "hasta mañana,"
Y en que la fuente de cristal bruñido
Sus canciones parece que negara;
En esas horas en que el ave triste
Surca el espacio con sus luengas alas,
En busca de la selva apetecida
Que le diera hospedaje entre sus ramas;
En esa hora de tristes reflexiones
Para las viejas y abatidas almas,
¡Ay! entonces, ¡Oh madre, cuántas veces!
Lejos y solo en extranjeras playas,
He sufrido el fragor de mis dolores,
He escuchado el clamor de mis nostalgias,
Y al acordarme de tu nombre santo
Por ti he vertido mis fervientes lágrimas.

OFRENDA

(PARA MARÍA ISABEL ARIAS)

Del dombo cerúleo
Le hicieron los ojos,
La tez fina y tersa
De espuma sutil;
Los labios de rosas,
Que en grates perfumes,
Trascienden el alma
Del regio pensil.

Sus blondos cabellos
Remedan undosos,
La luz de la aurora
Y el tibio arrebol;
Sus curvas modelan
Helénicas formas,
Sus tiernas miradas
Son chispas de sol.

Grabó en ella el arte
Con líneas sagradas,
Bellezas supremas
Con sello inmortal;
Y excelsas virtudes
La dieron las Hadas,
Candor é inocencia
Y amor al ideal.



Su voz es cadencia,
Arrullo en el nido,
Susurro en la brisa,
Del lago rumor;
Sus dulces afectos
Son luz en el alma,
Virtudes sublimes,
Perfume en la flor.

Mirándola arroba
Y alienta existencias,
No cubre su cielo
Ni un tenue capuz;
Despide, cual ángel
De ignotas regiones,
De nimbos de antorchas,
Regueros de luz.

¡Oh ninfa sagrada!
Que oficias perenne
En templos de gloria
Que creó la pasión;
Allí, en tus altares,
Con himnos augustos,
Se mezclan mis notas,
Mi tierna canción.

1905.

Para María Isabel Arias

Muy cerca del hogar, que aun calienta
La madre de mi amor casta y bendita,
Yo quiero colocarte, y que vivamos
Como Goethe con su bella Margarita.

Es humilde mansión, casita blanca,
Que huele á lirios y jazmín del prado,
Donde alado concierto nos arrulla
Y se escucha mugir manso ganado.

Donde tenemos el cristal movable
Y el aria que nos brinda un arroyuelo,
Que entre verdes nenúfares camina
En su vientre rielando el claro cielo.

Donde vagan oleadas de perfumes
Que campestres jardines nos ofrecen,
Donde cañas, naranjos y palmares,
Allí ni se marchitan, ni envejecen.

Donde podemos contemplar el tierno,
Grato y sublime amor de las palomas,
Donde vuelan pintadas mariposas
Que alegres juegan en las verdes lomas.

Y esa morada blanca cual la crencha
De la nieve cuajada en la montaña,
Brotan olores de místicos inciensos
Que su ligero cortinaje baña.

Allí envueltos en nimbos de colores,
Y en medio de caricias y armonías,
Quiero ver el sepelio de mis horas
Que agobian amargas y sombrías.

Ven y ocupa la morada humilde
Antes que vuele mi pasión marchita,
Ven y vivamos en idilio eterno
Como Goethe con su bella Margarita.

A María Isabel Arias

No me digas que es vana mi porfía,
Ni pretendas alzarte cual la palma,
Que no tengo del mármol la atonía,
Ni están mustias las flores de mi alma.

Cual tenaz inventor que al fin alcanza
A exhibir el invento sorprendente;
Como el constante preludiar que lanza
En las selvas lejanas el torrente;

Como la lluvia que al caer horada
La granítica roca enmohecida;
Como la lucha de fragosa oleada
Que en hondos mares á pensar convida.

Así con la constancia y los amores
Que alientan para el triunfo mi deseo,
Si eres buitre que causa mis dolores
Yo sabré soportar cual Prometeo.

NOSTALGIA

(PARA MARÍA ISABEL ARIAS)

Si no quieres que cante con tristeza
Procura mitigar con tus afectos,
Las crispaturas del dolor que hiere
Este mi pobre corazón enfermo.

Que alegres nunca viéronse los sauces,
Obligados guardianes de los muertos,
Hoy esos sauces son mis ilusiones
En la tumba eternal de mis recuerdos.

Cómo pretendes que mi lira brote
Cantos alegres de inspirados pechos,
Si me mata tu cruel indiferencia.
Si no vislumbro mi soñado cielo.

Como el tenaz naturalista lucha
Por tomar de la flora de los tiempos,
Las más preciadas y lozanas flores
Para adornar con pompa su museo.

Así me afano y con empeño lucho
Por conseguirte, flor de mis anhelos,
Para que ostentes tus excelsas galas
En el santuario de mi amor inmenso.

COLORES

Qué cosa más rubia que rico topacio?
¡Qué fúlgida estrella! ¡qué rubio es el sol!
¡Qué rubia que cruza la luna el espacio!
Se ostenta en Oriente ¡qué rubio arrebol....!

Y el blanco es la dicha, que infiltra belleza.
¡Qué crenchas tan blancas allá en el azul....!
¡Qué blanco es el cisne que envuelve nobleza!
¡Qué blanca es la novia bajo el blando tul....!

¡Qué róseo el Oriente si preludia aurora!
Rosadas mil flores exhibe el pensil;
¡Qué róseo el plumaje del ave canora
Que en copos rosados revuela en Abril!

Si el blanco, y el róseo, y el rubio nos gritan
¡La vida le damos al Arte inmortal!
Tu blacura, virgen, róseo y rubio incitan
A amar-te y, unidos, vivir en lo ideal....!

POST OMNIS

(PARA MARÍA ISABEL ARIAS)

Aquí estoy á tus puertas. De lo incierto
He visto descorrerse los crespones:
Ya he vuolto á recoger mis ilusiones,
Ya no tengo amarguras de Mar Muerto.

Las aves de mi dicha que posaron
En remota región con raudo vuelo,
Han vuelto con sus trinos de consuelo
Al árbol de mi sér donde anidaron.

Y aquellas horas de existencia fiera,
Que el áloe ó el acíbar me ofrecieron,
Los intensos dolores que me hirieron,
Me han dejado también por vez primera.

De loca juventud el extravío,
Las tristezas profundas de mi alma,
He visto fustigados por la calma;
Ya no agobia mi espíritu el hastío.

Y los golpes mortales con que hiere
El amor de la virgen que traiciona,
Y la marchita flor con que corona
El dolor la esperanza que se muere

Y la duda terrible que anonada
Y furores de mil perplejidades,
Y nostalgias de ardientes soledades,
Y desdenes de virgen despiadada,

Nada de eso me embarga la existencia
Porque alumbran mi cielo otras auroras:
Ya cantan en mi estancia aves canoras,
Ya despiden mis flores grata esencia.

Es porque al cabo tú en el santuario
De tu alma inmaculada, siempre pura,
Donde dicha eternal sólo fulgura,
Has sepultado mi himno funerario.

Fue que dichosa tú, cuando en el viaje
A un limbo de dolores me mirabas,
Cual otra estrella de los Magos, guiabas
Mis pasos hacia el bien, que era un miraje.

Fue porque al contemplarme en el camino
Que entre sirtes y abrojos yo seguía,
La sonrosada flor de mi destino
En un Sí de tu boca se entreabría.

Y tú que me brindaste la anhelada
Dicha, que me ofrecen tus amores,
Devolviste á mis árboles sus flores
Y á mis fuentes canción enamorada.

Tú que al verme sin rumbo, refulgente
Un rayo de tu gloria me infiltraste,
Y el dardo del dolor aniquilaste,
Y brillaron auroras en mi frente.

Tú que siempre buscaste mi extravío
Para darme quietud apetecida,
Tú que llevas dulzuras á mi vida
De ese tu noble corazón, que es mío.....

Tú que anhelas brindarme las dulzuras,
Encantos y delicias de tñ alma,
Tú que me ofreces la deseada calma,
Y tú que sueñas para mí venturas

Y tú que miras confundir en úna
Mi vida con tu vida idolatrada,
De tu nimbo de Diosa inmaculada
Despides para mí rayos de luna.

Tú que alientas mi pecho y lo dispones
Para lides constantes que ennoblecen,
Con tus virtudes que doquier florecen
E impulsan para el bien los corazones.

Por eso quiero que el amor bendito,
El amor ideal que nunca muere,
Amor inextinguible é infinito,
Que siempre dulcifica y nunca hiere,

Ese amor que á mi espíritu afligido
Le brindó regio alcázar en tu pecho,
Y le ofreció á mi corazón maltrecho
Cual ave implume delicado nido;

Ese amor inmutable, en el martirio
Es vida de las almas eternas,
Y se alienta en regiones siderales
Como en rico pensil el blanco lirio;

Ese amor que si llora nos conmueve,
Que con sus goces la alegría nos sacia,

Que es perfume sublime que la Gracia
Nos regala al pasar el aura leve;

Ese amor que se encarna en los placeres
Que dulcifican el hogar tranquilo,
Que busca en las ternuras grato asilo,
Que no ofrece á las almas Misereres;

Ese amor que da vida y da ternura,
Que emerge mil encantos y armonías,
Esc que muertas esperanzas mías
Convertidas dejó en áurea ventura;

Ese amor que se encarna en las ideas,
Que no muere y que siempre confundidos
Hace á los séres alcanzar unidos
El triunfo de la dicha y sus preseas;

Es el amor que llora si lloramos,
Y que sabe sufrir cuando sufrimos,
Amor que alegre ríc cuando reímos,
Que nos brinda la dicha que soñamos;

Es el amor sublime. En el Calvario
Lo exhibió una mujer justa, y herida
Cruel y terrible soportó afligida,
Mas rasgó de los vicios el sudario.

Y lo alienta la madre idolatrada
En sus tiernas caricias noche y día,
Y tú me lo ofreciste, virgen mía,
Con tus labios de guinda perfumada.



Por eso quiero que conmigo sigas
De la vida y su afán la lucha incierta,
Que á nuestras almas para el bien unidas
Abra la Dicha su dorada puerta.

Y yo el proscrito que vagaba errante
Sin un recinto do extender mi tienda,
Que extasiado ante tí busqué la enmienda.
Y tuyo fue mi corazón amante,

Aquí estoy á tus puertas. De lo incierto
He visto descorrerse los crespones:
Ya he vuelto á recoger mis ilusiones,
Ya no tengo amarguras de Mar Muerto.



EN UN ALBUM

¿Tú no has visto en la pradera,
Al nacer la primavera,
El ascua de algún clavel?
Si lo has visto, es que él retrata
De tu boca de escarlata
Esos los labios de miel.

¿Tú no has visto en el espacio,
Astros color de topacio
Ofreciendo sus fulgores?
Pues envidian la mirada,
Decidora, apasionada,
De tus ojos soñadores.

¿No has oído que la fuente,
En alas del suave ambiente,
Sus canciones encamina . . . ?
Pues bien, envidian la nota
Tan delicada que brota
De tu boca purpurina.

¿Y no has visto en la mañana
Que alguna cumbre lejana
Lleva blanca vestidura?
Es que la nieve que ostenta,
Envidiosa, se lamenta
De no tener tu blancura.

Hojas mustias

(EN UN ALBUM)

A mí que soy el mensajero enfermo
 Infeliz del pesar;
A mí que tengo los acentos tristes
 De un himno funeral;

A mí que en las pupilas llevo el llanto
 De un cariño traidor;
A mí que vivo en las sombrías ruinas
 Del país del dolor;

A mí que del pesar tengo las hojas
 Empapadas de hiel,
Que alegre, complacido, me regala
 Eterno padecer.

¡Ay! á mí no me pidas las endechas,
 Los cantos del feliz:
Mi lira sólo entona *de profundis*,
 El himno del morir.

En el álbum de una tabogana

Aquí en los riscos y en las palmeras,
Sobre las frondas y en el azul,
Surge tu nombre en la tabogana....
Linfá que ostenta su blanco tul....

Te dan sus trinos canoras aves,
Te da rumores inmenso mar,
Tienes perfumes en la floresta,
Cantos alados al despertar.

Cuando la luna surge imponente
De entre las olas, en el confín,
Envuelto en nubes de gayas flores,
Viene á besarte tu querubín.

¡Ay!....quien pudiera como tú vives
De encanto y dicha sólo vivir!
¡Ay!....quien pudiera ver los arcanos
Que al alma luégo vienen á herir!

Por eso anhelo que en los océanos
De mil delicias, de la ilusión,
Siga surcando, con tus grandezas,
Cual barca de oro, tu corazón.

A mi Lira

Ved el campo engalanado
Con sus selvas y sus flores,
Y allá su disco rosado
Hunde el sol tras del collado
Que doran sus resplandores.

Ved al labrador contento
Regresar á su cabaña,
Y acá el roble corpulento,
Cuyas ramas mece el viento
Que vicne de la montaña.

Y allá la sonora fuente
"Que entre flores se desliza"
Por la verdosa pendiente
Y que mezcla dulcemente
Su rumor al de la brisa.

Entre tanto lira mía,
En medio de esta belleza,
De este encanto y armonía
Que ostenta al morir el día
"La madre Naturaleza,"

¡Por qué del ave canora
No imitas la melodía
Que lanza cuando la aurora
Se presenta encantadora
Anunciando el nuevo día?

Mas no puedes, lira amada,
Producir un dulce acento,
Ni una trova enamorada,
Hoy que el alma está agobiada
Por un hondo sufrimiento.

Si en aquel dichoso hogar
Por un momento me hallara,
Pudiera hacerte vibrar
Un acento que alcanzara
Mis angustias á calmar.

Pero ausente entre dolores,
Debes lira enmudecer:
¡Qué ajadas están tus flores,
Tus fuentes ya sin rumores,
Tus campos sin verdecer!

Hoy tu acento se asemeja,
No al rumor que entre la mies
Al pasar la brisa deja,
Sino á su lúgubre queja
En las ramas del ciprés.

Calla, pues, oh! lira mía,
Tan sólo debes vibrar
En ese dichoso día,
Cuando lleno de alegría,
De nuevo torne á mi hogar.

Ausente

Cuando en mi ausencia vayas al kiosko,
Aquel mudo testigo de tus miradas,
Y al blanco parquecito de los ramajes
Que frondosos ostentan sus flores blancas.

Haz que entonces, viajeros por otros mundos,
Tus hermosos recuerdos volando vayan
A curar mis tristezas y mis dolores,
A evitar los estragos de mis nostalgias.

Haz que también me busquen ya tus sonrisas,
Ya los gratos perfumes de tus mañanas,
Que al sentirme abrumado en mis noches negras
Me sorprendan los himnos de tus palabras.

Haz que al oír el *Angelus* de la hermita,
Cuyas torres se elevan cerca á tu estancia,
Al rogar por mi dicha con él confundas
El dulce misticismo de tus plegarias.

Y si al morir la tarde ya al fin te alejas
De aquel kiosko testigo de tus miradas,
Que el llanto que á tus ojos se agolpe exprese
Los dolores intensos de nuestras almas.

Postal

Ya que abismos en girones
Ostentan tus negros ojos,
Si el arte al verte, de hinojos,
Sufre triste mil sonrojos,
¡Tuyos son los corazones!

D e s e o s

Si yo fuese la brisa pasajera
Saturada de néctar y ambrosía,
El himno de mi amor te cantarí
Al jugar en tu suelta cabellera.

Si yo fuese una fuente en la pradera,
Que á las flores le ofrece lozanía,
Retratar en mi linfa desearía
Tu belleza de indiana bayadera.

Yo quisiera ser noche procelosa,
Con las heladas de estación lluviosa
Y el silencio tener de los abismos,

Para ver mi existencia iluminada
Por el grato fulgor de tu mirada,
Y, envueltos en tu luz, los dos morirnos.

Postal

Virgen, al verte, fascinado pienso,
Bajo el imperio real de tus bellezas,
Que albergas en tu sér estas grandezas:
"Ángel, Diosa y Mujer á un mismo tiempo."

En el piano

Cuando sentada al piano que silencioso espera,
Tus níveas manos tocan un vals sentimental,
Pareces una ondina que allá en el mar surgiera
Envuelta en luminarias de un sol primaveral.

Y el piano brota entonces un aria delicada,
Que vaga entre perfumes del oriental salón.
A Schubert y Beethoven escucha entusiasmada
La alegre aristocracia que forma la reunión.

Los mármoles de Paros se ostentan en la sala,
Las copas de Bohemia, las flores de azahar,
Espejos do compone su corbatín de gala
El bardo enamorado, de artístico bailar.

Y canta la sultana que viste blanco traje,
La rubia diligente, la diosa del festín,
¡Mirad . . . ! Allí en el piano, detrás, está su paje
Que ofrece en ramilletes las flores del jazmín.

La dulce cantinela de la sultana premia . . .
La alegre concurrencia con plácido rumor . . .
¡Que brinden ya las Diosas que aniquiló la anemia!
¡Que brinden el champaña en copas de Bohemia,
Que va á cantar sus versos el triste trovador!

Incienso

Yo para aquellos que en el mundo viven
Al potentado prodigando incienso,
He tenido una viva repugnancia,
He tenido la espada del desprecio.

Porque si algunos encumbrarse logran
Inclinando la frente ante el dinero,
Son cual las flores que doquier levantan
Sobre el hediondo y mundanal terreno.

Mas para aquellos que en su choza llevan
De los rudos trabajos los anhelos,
Yo tengo admiración, brote del alma,
Yo tengo las dulzuras del consuelo.

Porque siempre el virtuoso triunfar logra
De los viles envueltos en el cieno. . . .
La noche de este mundo siempre alumbran
De auroras de justicia los destellos.

Crepuscular

Era de tarde; en el poniente había
Hermosos arreboles purpurinos,
Caprichosos celajes zafirinos
Que eran preludios del morir del día.

La tórtola en las selvas ofrecía
Sus melodiosos y melifluos trinos,
Y se escuchaban los murmurios finos
De un limpio arroyo que veloz corría.

Y lastimera, como voz de duelo,
Se oyó del campanario la querella
Que el espacio cruzó en rápido vuelo.

Lanzó su chifla la nocturna arpella,
Alcé los ojos al cerúleo cielo
Y vi la luz de la primera estrella.

A Cuba

Del mundo de Colón noble sultana,
Del Mar Caribe la mejor presea,
Luchadora incansable de la idea
Que el dominio español rompes ufana.

Sigue adelante, que opresión hispana
Sucumbe siempre en desigual pelea:
Desgarra esa bandera que flamea,
Que á la sagrada libertad profana.

Sigue que pronto brillará tu aurora
De redención, que anunciará sonora
La voz de tu clarín que alegre vibre;

Y verás la República aclamada
Por un mundo de sangre denodada,
Al patriótico grito: ¡Cüba libre!

1896.

Anhelos

Cuando la muerte con su mano aleve
Clave en mí pecho su traidora espada,
Quiero que en risa se convierta el llanto,
Que toquen muy alegres las campanas.

Y en vez de los gemidos que entristecen,
De los ayes agudos que desgarran;
Yo quiero de Musset los dulces cantos
Al compás de la música de un aria.

Yo no quiero del luto los crespones,
Ni tristes cirios de opalinas llamas,
Quiero el aroma del incienso místico
Entre boscajes de coronas blancas.

Tener junto á mi féretro una virgen
De rubia cabellera y frente pálida,
Que vista un traje vaporoso, áureo,
Que alegre cante angelical romanza.

Y cuando duerma allá en el cementerio,
Cuando ya en las Alturas more mi alma,
Junto á un jardín de perfumadas flores,
Poned sobre mi tumba alguna lápida,
Que le cuente al viajero entristecido
Lo que fue en este mundo mi esperanza.

Virgen caída

¡Oh virgen caída que la frente
Salpicada lleváis de negro cieno,
Seguid viviendo entre crugientes sedas,
Entre alegres fruiciones y deseos!

Bebed champaña en copas de Bohemia,
Gastad alfombras y dorado espejo,
Lucid brillantes y el oro todo
De la venta procaz de los afectos.

Seguid vistiendo la lujosa pompa
Con que soléis engalanar el cuerpo,
Derrochad los placeres de la carne
Olvidada tal vez del Bien Eterno.

Y en las tardes serenas del verano
Pasead las calles en carruajes regios,
Con fino traje, vaporoso, blanco,
Conquistador de rumorosos besos.

Seguid la vida alegre de la orgía
Con preludios de cantos y de arpegios,
Entre ambientes de rosas perfumadas,
Obsequio impuro de traidores pechos.

Mas . . . ¡detente, oh mujer! Los Impulsos
No prosigáis de la pasión sin freno,
¡No véis que en medio de carnales goces
Os lanza la moral su cruel desprecio?

Solos

En la sala los dos, breve momento,
Que la diera otro y otro me decía,
Yo miraba hacia atrás y repetía:
“Cuidado con tu madre.....ya la siento.”

Con susto alegre la miré sonriendo,
Y dándole mil besos amorosos,
¡¡¡Oh Dios!!! gritámos locos, ruborosos....
Salió la madre..... nos estaba viendo.

De mi vida

La mañana risueña y perfumada
Que por doquier ostenta su alegría,
Para hacerse más bella robaría
Las gracias de tu boca sonrosada.

Y la estrella que brilla en la callada,
Profunda inmensidad de noche umbría,
Eclipsada de todo quedaría
Con el grato fulgor de tu mirada.

Que si tienen los pardos ruiseñores
Cantos que sueltan al nacer la aurora
Y al ocultar el sol sus resplandores,

Es porque roban la canción sonora,
Que envidian inspirados trovadores,
De esos tus labios que el cármín colora.

Amor clandestino

En altas horas de la noche llega,
¡Tac. . . .! y le toca trémulo el amante.
La virgen, presurosa y delirante,
Se acerca y oye y al raptor se entrega.

En el mar una góndola navega
Al favor de las ondas de diamante.
Se fueron con su crimen, muy distante,
Mientras la madre en el dolor se anega.

No llora de la pérdida la ausencia
Sino la ausencia del honor, y llora,
Y clama de los Cielos la inclemencia.

La Moral la anonada vengadora,
Y en la lucha tenaz con su existencia,
Ríe en Oriente fulgurante aurora.

Meditando

Como hay tardes que inspiran hondas tristezas,
Tardes encapotadas del frío invierno,
En que al través de velos de finas lluvias
Se aperciben las nubes con ígneos fuegos,

También así se encuentran existencias,
Tristes cual el recinto de un cementerio,
—Mustias y encapotadas como el invierno—
En que al través de vidrios de gruesas lágrimas
Se vislumbran pasiones y odios arteros.

Mi Lira

Dicen que mis versos
No tienen las notas
Tiernas, delicadas,
De las dulces trovas.
Que el aría profanan,
Que, en verdes alfombras,
Cantan arroyuelos
De selvas ignotas.
Dicen que las aves
Que cuentan de auroras,
—Poetas del crepúsculo—
Hacen de mí mofas.
Que vírgenes que cantan
Como las alondras,
Gustan de los poetas
Que á las almas tocan.
Que mis versos tristes
Las bellas no evocan,
Porque inspiran tedio
Precursor de sombras.
¿Ignoran acaso
Que en las tristes chozas
Modulan cantares
Viejas liras rotas?
Así es mi lira alza
Sólo voces roncadas,
¿No graznan también los buhos
En las derruidas fosas?

Serenata

(IMITACIÓN)

El lecho vaporoso, de ambiente perfumado,
Con galas orientales la incita á descansar,
En tanto que ella entona el vals apasionado
Que en dulce serenata la vino á despertar.

Muy cerca de su estancia se eleva delicado
Un canto lastimero que empieza á preludiar,
Aquel amante joven su eterno enamorado,
Que sueña con las dichas excelsas del hogar.

Con mudo arrobamiento la niña escuchó el canto,
Sintió las crispaturas sublimes del amor.
Después, cuando en el templo sagrado, sacrosanto,
Unieronse en el nombre divino del SEÑOR,
Envueltos en raudales de tierno y grato llanto
Huyeron los vampiros voraces del dolor.

Escepticismo

Meditaba una tarde un triste anciano,
A quien adversa suerte aniquilaba,
Al ver que honrado trabajar no daba
Sino miseria. ¡Inescrutable arcano!

Y exclamó de esta suerte: la riqueza
Sólo busca el ardid del potentado,
Al que alegre vivió del peculado
Al amparo de negra sutileza.

¡Insensato labriego! no veía,
En medio de su cruel escepticismo,
Que la dicha del mundo no existía,
Y que sólo al dejarlo se veía
La gloria que nos brinda el cristianismo.

Remember

Lo recuerdo la mañana
Era opaca, triste y fría,
Plomiza niebla cubría
La cordillera lejana.

Ni un velo color de grana
El horizonte lucía,
Ni su canto de alegría
Alzaba el *ave temprana*.

Era que entonces la suerte
Quiso privarme de verte
Largo tiempo, *nívea flor*,

Y la Natura, tu amante,
Contemplaba en ese instante
Tras el cristal del dolor.

Canción

(DE ALFREDO DE MUSSET)

Sus alas tristes, sombrías,
Cuando bate la desgracia,
Y se pierde la alegría,
Y se extingue la esperanza,
La torva melancolía
Sus mil apetitos sacia.
Entonces males que brotan
Cual de las peñas las aguas,
Sólo con música mueren,
Con la belleza se matan.

Puede más un bello rostro,
Más obliga á la bonanza,
Que un jayán rebelde armado,
De Júpiter amenazas.

Nada tan grato en la vida,
Nada que conforme tanto,
Que escuchar tiernos y suaves
Los aires antes amados.

Cantares

Veces mil te hubiera escrito
Si viviera en dulce calma,
Mas llevo dentro del alma
La nostalgia del proscrito.

Agobiado en mi tormento
Mis cartas al dirigirte,
Servirían para afligirte
Y turbar tu pensamiento.

Que ellas del alma en tortura
Son brotes, amada mía,
Con los cuales llevaría
A tu pecho la amargura.

Y si perfumes y flores
No me es posible ofrendarte,
¿Por qué debo procurarte
La espina de mis dolores?

Por eso nunca te escribo
Y por no escribirte lucho,
Pero sí te pienso mucho
Desde el desierto en que vivo.

Invierno

Llovía. En la cumbre verde-oscura
Una crencha de niebla se cuajaba,
"Y la noche su manto descolgaba"
Con un brusco reproche á la natura.

El vendaval, el rayo que fulgura,
El trueno que á lo lejos retumbaba. . . .
La ira de los Cielos flagelaba
La existencia de mísera criatura.

Que allá en la agreste selva solitaria,
Herido del dolor por la guadaña,
Triste el labriego eleva su plegaria;
Pues contempla en escombros su cabaña
Y tronchar la arboleda octogenaria
El huracán, titán de la montaña.

Verano

Claro está el cielo. La tarde serena,
El sol cansado de su cterna gira,
Nos deja que admiremos su ígnea pira,
Tajo de infierno en forma de patena.

En el Oriente emerge luna llena,
Y el sol avergonzado se retira
Al ver á su adorada que conspira,
Ella, la genitora de su pena.

Sopla una brisa tenue de verano,
Perfume regio al muerto soberano
Que encuentra siempre tumba en Occidente;
Y en el terso cristal de inmensos mares,
Entre caudas de luz de astros polares,
Se ve rielar la reina del Oriente.

Luchar es vivir

Con la lucha mi espíritu levanto.
Me gusta desafiar el imposible,
Yo soy un contendor de lo invencible,
Que al apocado envuelve en negro manto.

Luchar es para mí música y canto,
Aunque el mundo sarcástico y risible
Me grite que vivir en lo apacible
Es del hombre el anhelo sacrosanto.

Desprecio á los cobardes y sufridos,
Y al holgazán que transcurrir el día
Mira en su muelle y vaporoso lecho.
Nos redimen esfuerzos repetidos,
Y se escalan las cumbres á porfía
Aunque crucen espadas nuestro pecho.

Ave viajera

Hay un ave mensajera
 Que activa y ligera vaga,
 Por los espacios inmensos
 Batiendo sus níveas alas.
 Es un ave protectora
 De la ausencia de las almas
 Ateridas por el frío
 De las gélidas nostalgias,
 Brotes de ideales afectos
 Que á veces rompen la calma.
 Ella les cuenta por turno,
 Con arrullo que es plegaria,
 Si hay perlas en las pupilas,
 Si el pecho suspiro exhala,
 Si hondos surcos de tristeza
 En las mejillas se trazan;
 Si existe pasión intensa,
 Si el AMOR su luz derrama,
 Si los fieles corazones
 Palpitan con su constancia,
 Con la constancia que es voto
 Jurado por nobles almas...

*
*
*

En su misión la viajera
 Busca albergue en las moradas
 Que, distantes unas de otras,



Están tristes y olvidadas;
Y sí la noche se ostenta
Con negro crespón airada,
Entonce el ave penetra
A las mansiones calladas,
Y á las almas les murmura,
Con arrullo que es balada,
Las cuitas y los dolores,
Las recíprocas nostalgias;
Les dice si tienen rosas
Virgíneas y perfumadas,
Si hay sonrisas que entreabren
Sus bocas tan sonrosadas,
Si tienen goces, si aromas
Les ofrece la alborada;
Si ven lucir las estrellas
Y el fulgor de la plateada
Majestuosa que en Oriente
Rompe de noche la sábana
De mil nubes que le impiden
Al mundo ofrecer sus galas;
De esa viajera: la luna,
Como el ave, solitaria.

*
* *

Y ya al levantar el vuelo,
Ya al batir sus blancas alas
Por los espacios inmensos
En su misión tan sagrada,
Interroga con arrullo,
Ardiente canción airada,

Si es al fin enextinguible
 La unión eterna jurada,
 Por ante sacros altares,
 Con incienso perfumada;
 Y le contestan á úna
 Los seres de las nostalgias:
 --Dí que si existen Leteos
 No destruyen, no, las almas,
 Que éstas son inextinguibles
 Como las ideas que salvan
 Nuestros santuarios humanos
 Cuando las vidas naufragan.

*
 * *

¡Feliz yo que, en mis anhelos
 De unión eterna jurada,
 Aves viajeras no tengo
 Que crucen con níveas alas
 Los espacios siderales,
 Incansables, solitarias;
 Porque la virgen que supo
 Empeñarme fe sagrada
 Vive en dorado santuario,
 El santuario de mi alma,
 Que no extinguen mil Leteos,
 Que nunca, nunca naufraga!

La muerte

(Para Jesús Samprum, poeta del sentimiento en Caracas.)

En la noche eternal de negro incierto
Vaga errante la Muerte segadora,
Que blandiendo su espada, hora tras hora,
Encuentra un homenaje en cada muerto.

De la humana existencia en el concierto
Huella deja de saña vengadora:
La vida ante Ella arrodillada llora,
Pero siempre nivela con acierto.

¡Oh, mi gran Dios! Si penetrar tu arcano
Dable fuera á la Ciencia, cada día,
No explicara el fenómeno temido.

La Muerte en su designio sobrehumano
Es ley inexorable, que, á porfía,
Envuelve en la justicia de un olvido.

Mecitando

(Para Augusto Nicolás Samper.)

Reclinado á un peñón, bajo un ramaje,
En una tarde triste del invierno,
Contemplaba del sol que ya moría
Los últimos destellos.

¡Cómo entonces vinieron á mi mente
Tristes, muy tristes, todos mis recuerdos!
¡Cómo vi que llegaron mis nostalgias
Y los negros dolores que me hirieron!

Y pensando, exclamé: ¡ay! quién muriera
Como ese sol para nacer de nuevo
Entre frescos perfumes delicados,
Luces de aurora y rocíos de cielo!

¡Necias quimeras de mi mente loca!
¡Frustradas esperanzas! ¡Vano ensueño!
Yo sé que muero y que jamás renazco,
Tendré tan sólo noche . . . cementerio.

Recuerdos

[Para Darío Herrera]

El palmar de esmeralda fue testigo,
Y testigo también el mar inmenso,
Y las tardes serenas del verano,
Y las mañanas del brumoso invierno.

Y los jardines que á tu alcoba ofrecen,
Cual á místico altar, perfumes regios,
Y la góndola blanca en que vagábamos
Por el lago sereno.

Y la luna que en noches estivales
Derramaba su lumbre en tus cabellos,
Y las olas de perlas que se estrellan
En los muros históricos, enhiestos.

De mis castos idilios amorosos
Testigos mudos por entonces fueron:
La música de besos escuchaban,
Los íntimos secretos.

Y hoy que ausente de mi amada pienso
En los testigos de mi amor primero,
Yo quisiera vivir con mis nostalgias,
Yo quisiera vivir con mis recuerdos.

En la selva

(Para Manuel S. Pichardo.)

Se paseaba la niña por el bosque,
Yo inquieto la miraba,
Su traje blanco, transparente y fino
Como ligera gasa,
Al golpe de las brisas importunas
Sus formas delineaba,
Dejando adivinar bajo sus pliegues
Morbideces de estatua.
Destrenzada la negra cabellera
Flotaba en sus espaldas,
Y medio oculta entre sus negros rizos,
Al beso de las auras,
Asomaba su tímida corola
Una rosita blanca,
Como en medio de un cielo tenebroso
Estrella solitaria
Entonces, acercándome á la niña,
Le dije estas palabras:
-¿ Vienes acaso del país hermoso
Do moran bellas hadas?
¿Qué buscas, dime, entre el ramaje umbrío
De selvas apartadas?
¿Quieres, mi niña, que yo sea tu amante?
¿Tú quieres ser mi amada?

.....

Pasó un momento . . . Estaba pensativa,
No dijo una palabra;
El color de la rosa que en su pecho
Sobre un lazo llevaba,
Apareció bien pronto en sus mejillas
Que antes eran pálidas.
Y mirando la copa de un arbusto
Do una mirla cantaba,
Me dio á entender como que no creía
En mis tiernas palabras.

.....
Otro momento . . . Vi que una sonrisa
En sus labios jugaba:
Y abriéndose su boca cual las flores,
De una hermosa alborada,
Entre tímida, alegre y complaciente,
Me dijo estas palabras:
—He venido á buscarte en estas selvas;
Yo quiero ser tu amada.

Fiebre

(Para Emilio Bobadilla.)

Si le ofrezco mi amor á alguna bella,
Sólo vive en su alma
Breves instantes, porque siempre irónica
Se mofa de mi mano y mis palabras.

Si le cuento á otra Siquis mis amores
En mística plegaria,
Alcanzo *el triunfo* del menguado idiota
Que en la linfa del mar tenaz araba....

Si el champaña escancio, de amor la fiebre
Me hace mirar mujeres encantadas:
Les cuento mis anhelos amorosos,
Me burlan con hirientes carcajadas....
¿Cómo cuentan los hombres que las bellas
Hablándoles de amores todas aman?

A Julio Flórez

(Con motivo de su anunciada visita à Panamá.)

Bienvenido seas poeta
A Panamá que te admira,
En el numen que te inspira
Tienes potencia de atleta.
Sin ser pintor, tu paleta
Tintes le da al pensamiento,
Que en alas del raudo viento
Te nombra en lejano mundo
Con tu soneto fecundo,
Tu madrigal que es lamento.

Lírico que halló la cumbre
Que el intelectual anhela,
Dí ¿dónde queda la Escuela
Que á los vates presta lumbre?
Que en mis esfuerzos vislumbre
La tierra de promisión,
De mis cantos con el són
Quiero remedar tus cantos,
Para aprender con tus llantos
Grandezas del corazón.

La lírica americana
Te postula su guardián,
Como vate eres titán
En la lengua castellana:

Y tu Colombia se ufana,
(La Atenas de nuestros días),
De escuchar las melodías
De tu canto que es arrullo,
Y que á veces es murmullo
De linfas blancas y frías.

Encarnación del ideal
Del literato consciente,
Llevas muy alta la frente,
Con tu corona imperial.
Sigue tu marcha triunfal
Siempre la luz imponiendo,
Prosigue, Genio, subiendo
El escabroso sendero,
Que con tu canto postrero
Estarás siglos viviendo.

Sigue bardo en tu misión
De perfumar tus canciones
Con flores-modulaciones
Del vergel del corazón.
Eres, insigne varón,
Siempre el rayo que fulmina;
Tu rico verbo domina,
Es antorcha tu elocuencia;
Allá . . . en lejana eminencia
Eres astro que se empina.

Pues que nunca morirán
Tus endechas y canciones
Mientras haya corazones

Porque éstos las cantarán.
Mil labios repetirán
Tus cantos de amor soñado.
Con un éxito envidiado
Has coronado la cumbre.
¡Deja que tu estro deslumbre!
¡Deja pasar lo menguado!

Con *Aurora* deslumbraste,
Con *Flores Negras* lloraron,
Gotas de *Ajenjo* embriagaron,
Con el *Idilio* eclipsaste.
Pero siempre iluminaste
De los vates el camino,
Prestigioso peregrino
De la senda de la idea,
Derramas la rica tea
De tu numen diamantino.

Aquí la brisa marina,
Los arroyuelos cantores,
Del mar los recios furoros,
Del marfil la nota fina,
La tranquila y cristalina
Ola de nuestra bahía,
El grato clarear del día
Con sus hálitos de esencia,
Un pueblo que ama tu ciencia
Y mi modesta poesía,

Te saludan. Bienvenido
¡Oh fénix de trovadores!

De tu laúd gayas flores
Te hicieron el escogido;
Al fin la altura has vencido
Con las cuerdas de tu lira
Que grandezas sólo inspira,
Que siempre con dulce acento
Dignifica el pensamiento
Que por la Gloria delira.

En el cielo de la historia
De nuestro siglo presente,
Con destello refulgente,
Marcarás huella de gloria.
Desprecia la vil escoria
En tu curul de los grandes.
Inmortal, el Arte expandes,
Coronaste ideal mansión
Batiendo regio plumón
“Como el condor de los Andes.”

1907.

Del natural

(Para Carlos A. Urueta)

En la grieta de un viejo monasterio
Un búho, centinela de la noche,
De toscas pajas construyó su nido,
Albergue acariciado de su prole.

Profanación del arte que embellece
Del ave culta el vaporoso lecho
Era aquella mansión, donde el graznido
Fue el arrullo constante á los polluelos.

De los destellos de la luz del día
Allí el ave nocturna se ocultaba:
En el mísero albergue halló la dicha,
Anhelo eterno de la vida alada.

Imagen de ese búho en nuestros montes
Hombres existen de lo obscuro esclavos,
Que en tinieblas se agitan en la vida,
Que miran en su choza mil encantos.

Y así es la vida, se ve al opulento
Gozarse de su boato en los afanes,
Al noble en su nobleza, y al artista
En la soñada aspiración de su arte.

Porque todo es sublime en la Natura.
La dicha y el dolor buscan doquiera
Al noble, al rico, al pobre y al humilde:
Al búho que se agita en las tinieblas,
Y al campecino que en los montes vive.



In memoriam

(Ante la tumba de mi primogénito)

Y le cantó del Cielo la Parca inexorable,
Salmodias que preludia el arpa angelical,
Y le cantó de un mundo celeste, imaginable,
De goces que no mueren, y de una gruta amable,
De vidas eternas, de un mundo sideral.

Y el Angel arrobado le dijo de esta suerte:
--Yo quiero remontarme al mundo encantador;
Y el monstruo enamorado, que se llamaba Muerte,
Llevóselo en sus garras, y la amargura vierte
En el hogar bendito que aniquiló el dolor.

A Roosevelt

A tu paso se empinan las naciones,
Deslumbras en la prensa de otros mundos,
Se eternizan tus hechos con fecundos
Homenajes de glorias y ovaciones.

Panamá te venera con pendones,
Con el trueno de bronces gemebundos,
Con fragor de dos mares iracundos,
Con guirnaldas y rítmicas canciones.

Naciste genio, y todo un siglo llenas.
Tu nombre al mundo de Colón da gloria
En el áureo Palacio, en las cabañas;

A tu marcha de atleta del progreso,
Dos océanos se dan eterno beso
Partiendo con tu brazo las montañas.

1906.

Campestre

(Para Luis Fernán Cisneros)

La montaña con fúnebre imponencia
Entre mantos de nieblas se adormía.
Ni canto, ni ave, ni rumor había:
Era todo silencio, somnolencia.

Y en la humilde heredad ruda inclemencia
En su choza al labriego consumía,
Que aislado y triste deslizar veía
De sus horas amargas la existencia.

Más allá, en la montaña solitaria,
Al calor de la choza apetecida,
Donde airada pasión jamás alcanza,
Tiene siempre el labriego una plegaria,
Que en excelsos efluvios convertida
Se resuelve en dulcísima esperanza.

Absintio

(Para Juan Ignacio Gálvez)

Están en el Hércourt los alegres bohemios,
Es noche de fiesta en que el Príncipe glauco
Dormido en cristales,
Irisados y húmedos, como ojos verdosos,
Chispea: es el ajenjo.

Es noche de baile: es reunión del pueblo;
Hay melenas rubias, hay ebúrneos cuerpos,
Y hay gueudejas negras, que son de azabache,
Encrespadas y lacias, indolentes melenas,
Que cubren alones, muy ricos sombreros.
Hay fraques raídos y cuellos grotescos,
Corbatines chillones que brotan cual pétalos
De las blancas pecheras por marfilinos huecos;
Y se ven rostros francos y mil rostros frescos,
Cual de Abril las mañanas, y rostros sombríos,
Muy tristes y entecos, con la negra tristeza
De las noches insomnes de los largos inviernos.

Obreritas humildes muy festivas tenemos,
Con fragancia á violetas.
A violetas que en libros
De viejos archivos marchitas murieron;
Cocotas venidas de barrios distantes,
De barrios muy ricos,
Al orgiástico baile regias concurrieron,
A oír los romances, á oír madrigales de poetas ardientes,
Y á darles en cambio las flores mareantes, las dulces caricias,
Alegres, soñadas, que al cabo ofrecieron.

Las lindas grisetas que son veleidosas
Y muy incitantes, que son reinadoras,
Guardan en los labios la magia de un filtro,
De un filtro hechicero que late en las sienes,
Que crisa los nervios, que da connociones y da enervamientos,
Algo como estricno; algo del beleño.

Las bellas grisetas, de cráneos vacíos, de corazón hueco,
Están en el Hârcourt con señalos bohemios,
Y cantan, y ríen, y saltan, y bailan, y toman ajenjo.

La vida que escancian
Doquier los bohemios,
En la eterna Síbaris,
La estancia vetusta,
Allá la aprendieron.
Esa planta exótica
Para todos los climas,
Para todas las zonas,
Al fin ofrecieron,
Con aromas extraños,
Con frutos muy dulces,
Con flores lozanas,
Con verdes ramajes,
Que nunca pudieron
Matar inclementes
Los soles de Marzo,
Los largos inviernos....

La planta no muere: ya brota en pantanos, en sirtes y abrojos,
En grietas y muros, y crece en los huecos de las viejas ruinas;
Y al á en los abismos florece y perfuma, se expande á lo lejos
Bajo tiempos brumosos, y en los días tan tristes, cual los asfodelos;
Y al fin la semilla se arraiga y no muere, siguiendo en bacante,
Siguiendo en jolgorios, en noches de orgías, al fin los bohemios,
Los nobles de estirpes, que en la vieja Síbaris de ilustre abolengo,
El Arte saciaron, y mundos de gloria doquier ofrecieron,
Y ya tiernos poetas de crueles nostalgias, los pobres bohemios,
Soñando con Udas lucharon airados, subieron al Cielo
Al Cielo que es Gloria, que siempre es aureola de nobles arhelos;
Y ya en las alturas, Icaros sin alas, del Cielo cayeron,
Tiznaron el Arte, su rostro mancharon.....
Éfebos caídos, neuróticos, tristes, estragos de ajenjo.

Va están en el fango muy tristes, sufriendo
Eclipse tremendo en el débil cerebro;
Ya torvos desdeñan cansados, enfermos, las turbas ruidosas.
Las almas dilectas, las almas ahítas tan sólo del vicio
De carne, del vicio del vino que embota el cerebro;
Y al fin van marchando, presuntos ascetas,
En busca de sueños que olvidan los céntimos,
Y mueren al cabo en mundos lejanos,
En duras camillas de los Hospitales, espectros terribles,
Muy jercos y pálidos,

Y cuyos despojos les cuidan los sauces llorones de invierno,
En los verdes rosales de los cementerios.

¡Oh crueles destinos los de mil bohemios!
La vida sibárica que alegres buscaron en ojos de abismos,
En noches carnales,
En labios ardientes de alegres grisetas, de rojos corpiños
De seda entreabiertos,
—Que todas sus dichas al fin consumieron,—
Les dio muerte al cabo;
Que heridos se vieron del Príncipe glauco, sutil, que escanciaron
En puros cristales de alegre Bohemia,
Envuelto en espumas doradas, chispeantes,
El Dios de las fiestas: el lírico ajewo.

Del Pasado

(Para José Austria; con mi aprecio)

Me encanta lo vetusto, me inspira lo lejano.
Despierta en mí fruiciones la roca derruida,
Los capiteles truncos, columna de Trajano,
La Venus mutilada que en Milo halló el anciano,
Memorias y leyendas de la pasada vida.

La onda que á lo lejos
Se estrella en viejas rocas,
El buque que se mira
Silueta en el confín.
Gaviotas solitarias,
Por el espacio locas,
Octogenarias máquinas
Que por sus negras bocas
Lanzaron plomo y muerte
Al épico clarín.

Un agrietado templo musgoso donde el nido,
Poeta de las tumbas, el buho edificó.
Las ruinas del Romano Foro, del carcomido
Coliseo, del Paternón, las épocas que han sido,
Históricas Cariátides que el tiempo destruyó.

Adoro antiguas joyas,
Reliquias del pasado,
La obra del orfebre
Que revivió lo muerto:
Bizancio, Babilonia,
Pompeya y el brocado
Polvoso y desteñado
Del viejo decorado
De alguna mansión regia
Que se perdió en lo incierto.

Me gustan los escombros que llevan la memoria
De un mundo ya extinguido á la pasada edad,
Estudio predilecto es para mí la historia,
Me gozo en la del Genio quizá olvidada gloria
Y en montes milenarios de triste soledad.

No sé por qué el estudio
De siglos de crueldades,
De escarnio, de barbarie,
De lucha y de dolor,
Obliga mis cuidados.
¿Acaso las edades
Ignotas, con sus dioses,
Con sus muertas deidades,
No son cuadro sombrío
Del *genio* del dolor?

Le brindo reverencia al viejo que, encorvado,
Muy triste y taciturno la vida ve extinguir,
En su bordón añoso á diario reclinado,
De la existencia en lucha, acaso fatigado,
En busca del reposo sublime del morir.

Una mujer anciana,
Mi madre idolatrada,
La que concentra afectos
Que emerge el corazón,
Es un ídolo eterno,
Su cabeza plateada.
Es para mí una gloria
Que vivirá albergada
En el santuario inmenso
De una eterna ilusión.

Me encanta lo vetusto, me inspira lo lejano.
Despierta en mí fruiciones la roca derruida,
Los capiteles truncos, columna de Trajano,
La Venus mutilada que en Milo halló el anciano,
Memorias y leyendas de la pasada vida.

Fantasía

[Para Rubén Darío]

¡Qué engalanado está el campo!
La mañana perfumada
Nos brinda romanza alada,
Y allá en la cumbre elevada
Cuaja la nieve su manto.

Un labriego en su cabaña,
En ese albergue sombrío,
—Triste cual sepulcro frío—
Escucha cantar al río
La canción de la montaña.

Viste liquen la pradera,
Gramas, helechos y flores,
Y ofrecen los ruiséñores,
Bucólicos trovadores,
Aria de amor plañidra.

El verdinegro palmar,
Rico albergue de las aves,
Juega con las brisas suaves
Que huyeron de blancas naves
Allá en el inmenso mar.

Las alboradas son bellas:
¡Qué universal movimiento!
Todo es cadencia y acento
Cuando allá en el firmamento
Van á hundirse las estrellas.

Entre el perfume y el canto,
Juego de amor y ambrosía,
Entre alegre sinfonía,
Le abre las puertas al día
El sol con sanguíneo manto.

Ya vino la realidad
A ofrecer triste concierto:
Ya parece el campo yerto;
Hay fatigas del desierto,
¡Qué triste está la heredad!

Un fuerte sol ya calcina,
El ansia del oro es mucha,
Ya nuevamente se escucha
De la humanidad la lucha
Siempre menguada, mezquina.

Es que al fin de nuestra vida
Terrible y fiero es el hado:
¡Qué triste que está el pasado!
El porvenir ¡qué enlutado!
Todo á morir nos convida.

¡Ay....! quien pudiera tener
En esta pobre existencia
Alboradas con frecuencia,
Para arrojar la inclemencia
Que aniquila nuestro sér.

Anto la estatua de Schiller

(Para Diógenes Escalante)

Di ¡oh Genio! si aún tu esbelta frente
Acariciando está dulces canciones.
Que vuelen sin cesar generaciones
Pero tu estrofa vivirá esplendente.

Tu estro en el Pasado, en el Presente,
En los tiempos de grandes concepciones,
Ofrecerá al Futuro los filones
Del oro aquilatado de tu mente.

¡Y nunca morirás! ¡Tuya es la historia!
Del Parnaso escalaste la alta cumbre
En tus nupcias de amor con la Poesía.

No se apaga del bardo la memoria
Mientras la estrofa con su luz alumbra;
¡Canta poeta, no has muerto todavía!

Anhelos

(Para Genaro Payán)

Yo anhe'lo una morada
Que cubran madre selvas,
Donde cruce muy cerca algún río
Cantando romanzas, canciones bohemias.

Una mansión campestre
Que luzca en la entrepuerta
Esta sublime frase: AMOR;
Que nunca á los años ni á los siglos ceda.

Jarrones de Sajonia,
Cortinajes de seda,
Y de encajes finos veladores
Y un bosque de lirios que brinden su esencia.

Y sofás y poesías,
Y rosadas vidrieras
Que permitan llegar á mi alcoba
La luz imprudente de lunas viajeras.

Más un piano sonoro,
Y una virgen muy bella,
De traje blanco, vaporoso, aéreo,
De pelo muy rubio "como hecho de estrellas".

Y oír que la virgen,
Con sus manos muy tersas,
A Beethoven sublime recuerda
Con aria ó *scherzzo* tan dulce que alienta.

Y convertir la estancia
En la mansión eterna,
Donde alegre mi vida la virgen
De pelo muy rubio, "como hecho de estrellas".

Rondel

Tienen sus ojos la mirada incierta
De virgen oriental idealizada;
En sus labios se ve cristalizada
Sutil sonrisa que al amor despierta.

Entre perfumes de mañana abierta,
Es nívea rosa nunca deshojada;
Es Hada que redime, que despierta
Con sonrisa de amor cristalizada.

Su auroral cabellera destrenzada
Y esa su tez alabastrina, muerta
Esperanza en olvido sepultada,
Hace emerger, cual Venus de salada
Linfá de espumas, que al amor despierta.



Hierática

Ostenta en sus pupilas la negrura
De las tétricas noches del invierno.
Son sus cejas dos curvas de azabache,
Tienen color de abismos sus cabellos.

En sus labios la guinda se recrea,
Al terso cisne le robó su cuello;
Las rosas Jericó de sus mejillas
Enriquecen la Flora de este suelo.

Y sus formas tan regias simbolizan
Estatuaria inmortal del arte griego;
Tiene impulsos muy nobles en su alma,
Y la belleza plástica de Venus,
Y en la ardiente mirada de sus ojos
Se vislumbra la dicha de los cielos.



INDICE

	Págs.
<i>El autor</i>	1
<i>Dos palabras al lector</i>	1
El viejo hogar	7
A mi madre	8
De lejos	10
Ofrendas	11
Para María Isabel Arias	13
A María Isabel Arias	15
Nostalgia	16
Colores	17
Post-omnis	18
En un album	23
Hojas místicas	24
En el Album de una tabogana	25
A mi lira	26
Ausente	28
Postal	29
Deseos	30
Postal	31
En el piano	32
Incienso	33
Crepuscular	34
A cuba	35
Anhelos	36
Virgen caída	37
Solos	38
De mi vida	39

	Págs.
Amor clandestino.....	40
Meditando.....	41
Mi lira.....	42
Serenata.....	43
Escepticismo.....	44
Remember.....	45
Canción.....	46
Cantares.....	47
Invierno.....	48
Verano.....	49
Luchar es vivir.....	50
Ave viajera.....	51
La muerte.....	52
Meditando.....	55
Recuerdos.....	56
En la selva.....	57
Fiebre.....	59
A Julio Flórez.....	60
Del natural.....	64
In memoriam.....	66
A Roosevelt.....	67
Campestre.....	68
Absintio.....	69
Del pasado.....	72
Fantasia.....	75
Ante la estatua de Schiller.....	78
Anhelos.....	79
Rondel.....	81
Hierática.....	82

